

ING. CARLOS NORIEGA

PROYECTO

DE

UN MONUMENTO DEDICADO Á XICOTENCATL

Y ALOCUCIÓN

CON QUE FUÉ RECOMENDADO POR SU AUTOR

Á LA ASOCIACIÓN DEL COLEGIO MILITAR

LA NOCHE DEL 21 DE AGOSTO DE 1907.

SEÑOR PRESIDENTE:

SEÑORES:

Para todo mexicano que conozca la historia de su país, las dos figuras culminantes de la luctuosa época de la Conquista son, seguramente, el Emperador Cuauhtemoc y Xicotencatl, el general tlaxcalteca. Y si se analizan las circunstancias en que cada uno de ellos luchó por la independencia de su patria hasta perder la vida, se sienten impulsos de dar á Xicotencatl el lugar preferente.

En efecto: cuando Cuauhtemoc, por muerte de su antecesor, ocupó el trono de México, y con su firmeza y su valor traspasó los límites de lo humano, ya la experiencia había demostrado que en aquella lucha inevitable, la debilidad y las concesiones eran contraproducentes; y había demostrado también, que los *tehules* eran hombres de carne mortal y no semidioses invencibles.

De lo primero, era elocuente testimonio el triste fin del reinado de Moctezuma; y para probar lo segundo, en el corazón de todos los aztecas estaba grabado el ejemplo del vengador de las ofensas recibidas, el terrible Cuitlahuac, cuyo solo nombre evoca el recuerdo de la Noche Triste. Además, cuantos rodeaban al Caudillo estaban descosos de vender caras sus vidas antes que rendirse; porque habían sido testigos de la crueldad de Cortés haciendo quemar vivo

al valiente Cuauhopoca, cuyo único delito fué haber cumplido con su deber; porque en la memoria de todos estaban las matanzas y latrocinios de Alvarado en la Fiesta Toxcatl; porque ya no les cabía duda acerca de los fines que perseguía aquella turba de rapaces aventureros. Todos clamaban venganza y pedían á su Emperador que los condujera al combate.

Respecto á Xicotencatl, las circunstancias fueron siempre adversas: desde que los invasores alcanzaron su primera victoria, tuvo que luchar con la opinión pública que se inclinaba en favor de la reconciliación y de la paz, porque miraba en aquellos extranjeros recién llegados de Oriente, seres sobrenaturales, invencibles centauros, contra los que toda resistencia era inútil. Su propio padre, Xicotencatl el viejo, estaba por la paz. Todos ¡menos él!

Con una penetración que da la medida de su talento, haciendo á un lado las viejas rencillas entre tlaxcaltecas y mexicanos, anhelaba la unión de todos los pueblos de Anahuac para batir al enemigo común. Y tan grande era su afán de exterminar á aquellos intrusos cuyas aviesas intenciones presentía, que cuando Cortés, después de derrotarlo repetidas veces, le mandó emisarios para que eligiera entre una capitulación honrosa ó la continuación de la guerra, contestó el indomable tlaxcalteca: «Decidle que quiero la guerra, porque deseo ofrecer á los dioses carne de blancos.»

Y este héroe legendario, este Versingetorix americano, no tiene en todo el país un monumento que haga recordar su inmenso patriotismo. Ni siquiera está inscrito su nombre, al lado de los de Cuítlahuac y Cacama, en el pedestal de la estatua de Cuauhtemoc.

Á reparar esta injusticia tiende el proyecto que tengo la honra de presentar á esta Honorable Asociación, seguro de que hará cuanto esté de su parte para que sea llevado á la práctica.

Ojalá que sus gestiones tengan éxito, y la inauguración del sencillo monumento figure en el programa de las fiestas del Centenario.

Nada sería más oportuno, porque no cabe duda de que Xicotencatl es, en tiempo al menos, el primero de los héroes de nuestra Independencia.

Terminaré, Señores, haciendo una breve explicación de mi modesto trabajo:

Con el obelisco, cubierto de jeroglíficos y sosteniendo un monstruoso y fantástico *coatl*, he querido simbolizar aquel misterioso Anahuac, con su civilización imperfecta y su complicada teogonía.

Delante de él, como centinela avanzada, el guerrero indio les cierra el paso á los conquistadores.

Agosto 21 de 1907.



